

El amor abriéndose paso

(EL AMOR EN LA LITERATURA
ANTIOQUEÑA. 1850-1910)

**Mercedes Elena
Zuluaga Montoya ***



Morador del lenguaje, el hombre habita y es habitado por la cultura. Más allá de la necesidad y del instinto, el ser humano es un ser del deseo. Y es allí donde radica propiamente su humanidad; fundamento de su devenir histórico, el deseo se expresa en la creación, en el cambio. El amor y la sexualidad (esta última entendida como eroticidad, para especificar el carácter humano de la misma), son también manifestaciones de ese deseo; son dimensiones históricas y como tal circunscritas a configuraciones ideológicas, económicas, políticas y sociales, por tanto susceptibles de ser transformadas. El amor pues es una expresión, quizás la más significativa del carácter deseante de los hombres; soporte fundamental de la cultura que se dimensiona mediante distintos vínculos: familiares, comunitarios, amistosos o pasionales. El amor ha sido objeto de estudio de la filosofía, de la literatura, del psicoanálisis; y lo es no hace mucho de la historia. Es entonces desde esta última perspectiva que queremos abordar una de las formas que ha tomado el amor en la cultura occidental y su decurso: el amor pasión. El amor pasión entendiendo por éste, el sentimiento que pone en juego el despliegue y promoción de nociones como elección, desafío, transgresión y muerte: el amor pasión, que en función de la libertad personal se enfrenta siempre a los poderes públicos que lo constriñen; el amor pasión y el tipo de subjetividad que encarna; el amor pasión como un sentimiento que se halla estrechamente ligado a la historia del individuo en Occidente. La historia de un sentimiento que se remonta al siglo XII de nuestra era y corre parejo con la emergencia de nuevas estructuras económicas, políticas y sociales promovidas por el surgimiento de una nueva clase, la

* Historiadora de la Carrera de Historia. Universidad Nacional de Colombia, Sede de Medellín.

burguesía comercial; cuyo asentamiento da lugar al desarrollo de la ciudad medieval.

Georges Duby destaca algunos signos que revelan la conquista de la autonomía personal, experiencia restringida a ciertos grupos sociales pero que inicia en el siglo XII un proceso que se va expandiendo y depurando a lo largo del tiempo. Así los tallistas de imágenes por ejemplo empiezan a dejar de lado las abstracciones para destacar las expresiones personales; o también la idea de salvación eterna que está en función ya no sólo del hecho de pertenecer a la comunidad de los bautizados sino en relación a la intencionalidad de los comportamientos individuales; lectura de la propia consciencia que apunta a desentrañar la intimidad del alma. De igual forma se va dando un lugar al consentimiento mutuo, de cada uno de los miembros de la pareja —por encima de la decisión del grupo— en la unión conyugal. El florecimiento de la autobiografía es sin lugar a dudas otra de esas expresiones en la búsqueda de la identidad propia que va más allá de lo colectivo. Y no menos importante, dentro de este proceso, es el amor en el rumbo que toma la historia del individuo en Occidente; más exactamente el amor cortés y sus formas propiciatorias; una serie de actitudes que crean y requieren un espacio para el secreto, para lo íntimo ⁽¹⁾.

Es indudable, que el tema del amor se expresa ya en la antigüedad griega y romana. No obstante, en el Occidente cristiano, entre los siglos XI y XIII, el amor cortés como forma de vida, constituye un hito de capital importancia; aquí está la génesis del amor pasión que bajo distintas trans-

1. Cf. DUBY Georges. La emergencia del individuo. En: *Historia de la Vida Privada*. Taurus. Madrid, 1988. Tomo IV. pp. 201 y ss.

formaciones, nos conduce hasta el siglo XIX. El amor cortés definido por Georges Duby como una **justa**, constituye una forma civilizatoria para la sociedad feudal; un juego entre hombres, en el que la mujer es sólo un señuelo para que ellos, más exactamente un sector social, los caballeros, hagan gala de su valentía en otro torneo, el del amor ⁽²⁾. Sin embargo, pensamos que aun como señuelo se inaugura una imagen nueva de mujer, y por supuesto, un modo de amar para el que se inventan nuevos códigos que invitan a la ritualización de la aproximación entre los sexos, al aplazamiento de la sexualidad trascendiendo lo carnal y lo reproductivo de la precedente lógica; en últimas, al refinamiento de los comportamientos: **al fine amour**, en el cual aparece una alta idealización del objeto amoroso que da lugar a las canciones, poemas y novelas de caballería tales como **Tristán e Isolda**, **Lancelot y Ginebra**, **El caballero del León y el Caballero de la Carreta**, entre otros; importantes fuentes del imaginario amoroso en Occidente.

Si bien Grecia y Roma le dieron un lugar a la pasión, ésta nunca comprometía la totalidad de la existencia ⁽³⁾. Por el contrario, el amor pasión, el amor moderno, compromete toda la vida así como la posibilidad de acceder a la felicidad en la tie-

2. Cf. DUBY, Georges. *Del amor y del matrimonio*. "A propósito del amor cortés". En: *El amor en la Edad Media y otros ensayos*. Alianza edit. Madrid, 1990. pp. 66 y ss.

3. Octavio Paz se opone a la tesis de Denis de Rougemont en su libro *El amor en Occidente* en el cual éste afirma que el sentimiento amoroso es exclusivo de nuestra civilización, nacido en Provenza entre los siglos XI y XII; Paz, por el contrario señala que el sentimiento amoroso pertenece a todas las épocas, a todos los tiempos, aduciendo como prueba la inmensa literatura que lo tiene como central. Pero cuando la reflexión sobre el amor se convierte en la ideología de una sociedad —dice el mismo Paz— se torna en un modo de vida, "un arte de vivir y de morir", en una ética, una estética y una etiqueta. Cf. PAZ, Octavio. *La llama doble. Amor y erotismo*. Seix Barral. Barcelona, 1993. pp. 34 y ss.

rra. Todo esto es el resultado, a lo largo de la historia hasta el siglo XX, de múltiples influencias: el platonismo, el cristianismo, el neoplatonismo, el romanticismo, entre otras. Así como el amor cortés corre parejo con expresiones literarias como los cantos trovadorescos, también al despliegue del amor pasión debemos grandes obras literarias: **Romeo y Julieta** (William Shakespeare), **La Celestina** (Fernando de Rojas), **Las relaciones peligrosas** (Choderlos de Laclos), **Las desventuras del joven Werther** (Johan Wolfgang Goethe), **La dama de las camelias** (Alexandre Dumas), **Madame Bovary** (Gustave Flaubert), **Ana Karenina** (León Tolstoi), **Cumbres Borrascosas** (Emily Brönte), **El amante de Lady Chatterley** (D. H. Lawrence), por mencionar sólo algunas.

Las fuentes históricas y literarias nos presentan la sociedad del siglo XIX, como el fruto maduro o la cristalización de una serie de cambios cuyas implicaciones se registran tanto en el ámbito material como en el de la mentalidad; es decir, en el orden de los afectos, de las creencias, de los valores...

Paradójicamente frente a la libertad ofrecida por una visión laicizada de la existencia y por la búsqueda de nuevos sentidos —que están fuera del orden supraterráneo propio de la ideología cristiana—, las sociedades europeas del siglo XIX configuran al mismo tiempo un rígido y exigente sistema de vigilancia y control: códigos morales, médicos, higiénicos, sociales e institucionales que riñen con la emergencia del derecho al deseo propio, el deseo individual.

Así, el siglo XIX intenta por un lado institucionalizar y encauzar las relaciones amorosas, limitando por ejemplo la sexualidad y el amor al ámbito matrimonial, y por otro aboga por la libertad individual

colocando en primer lugar el deseo personal. Pero, ¿cómo lograr esa síntesis de amor y sexualidad en el matrimonio sin caer en fuertes contradicciones? ¿Cómo aunar en la misma mujer el papel de virgen, de santa y de ángel, de agente de la moral, preservadora del orden, del hogar, con su condición de amante deseada y deseante? ¿Cómo entender el ahondamiento y la interiorización de la conflictividad entre deber y deseo en algunos personajes masculinos de Goethe, de Tolstoi, de Chéjov, entre otros?

El amor pasión, una de las mayores expresiones históricas de la individualidad, con su carácter transgresor y subversivo, se ve cercado pues, por una serie de poderes que buscan acomodarlo, orientarlo o domesticarlo, creando nuevas contradicciones morales, psicológicas y sociales.

El adulterio en el siglo XIX da cuenta de este conflicto y pone en primer plano el dilema entre pasión y deber, y por supuesto una relación distinta con la culpa moral que evidentemente también tiene variaciones históricas. A propósito de este problema que indudablemente se ubica en el orden de las mentalidades, Philippe Ariès, recordando a su maestro Lucien Febvre, nos plantea la siguiente situación para el siglo XVI: «Al alba, el rey Francisco I abandonaba el lecho de su amante para volver de incógnito a su castillo. Pasó entonces por delante de una iglesia, justo en el momento en que las campanas llamaban a los divinos oficios. Emocionado se detuvo para asistir a misa y rezar devotamente» ⁽⁴⁾. Y agrega el autor, que la actitud la asumiría, seguramente, el hombre de hoy como hipócrita e incoherente.

4. Tomado de: "Nacimiento y desarrollo de la historia de las mentalidades" en: Le Groff, Jacques y Chartier, Roger (directores). *La nueva historia*. p. 460.

¿Cuándo se tornó un asunto de doble moral tal situación? Es posible que hasta comienzos del siglo XVII, tal como señala Foucault, se diese una relativa tolerancia con lo ilícito. Mas a fines de esta centuria se gestaron unos dispositivos discursivos que empezaban a colocar la sexualidad en primer plano; para el siglo XIX, afinados estos dispositivos, la educación, la medicina, la higiene, junto con la religión, despliegan unos saberes que no cesan de ocuparse de la moral sexual. El historiador Eric Hobsbawm, en su libro *La era del imperio*, en el capítulo "La nueva mujer" señala cómo en las comedias francesas de *boulevard* del siglo XIX se expresa esta doble moral que ya se plantea en la vivencia del adulterio.

La literatura europea del siglo XIX constituye un discurso alternativo, un discurso de resistencia frente a otros que avalan el proyecto matrimonial como única forma de darle un lugar al amor, y trata abierta y descarnadamente la inherente conflictividad que entre deber y deseo se instaura y se ahonda en este plano.

En obras como *Las desventuras del joven Werther* (1774), *Afinidades electivas* (1809), ambas de Goethe, *Rojo y Negro* (1830) de Stendhal, *Madame Bovary* (1856) de Gustave Flaubert, *Eugenia Grandet* (1833) de Honoré de Balzac, *Ana Karenina* (1877) de León Tolstoi, *Cumbres Borrascosas* (1847) de Emily Brönte, entre muchas otras, lo que se busca escudriñar es la conflictividad y las contradicciones que suscita el sentimiento amoroso, digámoslo nuevamente, como expresión exaltada de la subjetividad, mirada particularizante sobre un otro único del que se espera la felicidad. En un sinnúmero de obras de la época pues, el protagonista es el amor pasión: modalidad histórica que constituye una forma determinada de la sensibilidad

de un tiempo dado; desencadenante a su vez de unos problemas específicos.

En la novela *Rojo y Negro* de Stendhal, escritor del amor por excelencia, hallamos a una mujer, desgarrada entre el deber del matrimonio y el amor, que lamenta anticipadamente la futura ausencia del hombre que ama:

"La señora Rênal albergó la ilusión, durante un instante, de que Julián aceptaría las ofertas del señor Valenod y se quedaría en Verrières. Pero ya no era aquella mujer tímida y sencilla del año anterior. Su pasión y sus remordimientos la habían instruido. Sintió el dolor de convencerse mientras escuchaba a su marido, de que una separación [de su amante], por lo menos momentánea, se hacía indispensable. 'Lejos de mí, Julián caerá de nuevo en sus proyectos ambiciosos, naturales, cuando nada se posee. Y yo ¡Dios mío! que soy tan rica... ¿de qué me sirve la riqueza si no soy feliz? Me olvidará. Amable, como es, será amado y amará. ¡Qué desgraciada soy! Pero ¿de qué me quejo? El cielo es justo. No he tenido el mérito de acabar con mi pecado y me ha impedido razonar con claridad. (...). Las locas figuraciones del amor ocupaban todo mi tiempo. Me muero'"⁽⁵⁾.

También dentro de la narrativa antioqueña del siglo XIX el amor es un tema inquietante, se construye una imagen del amor, se dice del amor como pasión. Materia y objeto apropiado para crónicas, cuentos y novelas que le dan precisamente razón de ser a esta investigación. Puede decirse sin lugar a dudas, que el amor en tal sentido es asunto del cual se ocupa la literatura antioqueña para hacerlo discurso...

5. STENDHAL, *Rojo y Negro*. Oveja Negra. (Colombia), 1983. Tomo I. p. 170.

Así encontramos en los *Artículos escogidos* de Emiro Kastos, "La carta tercera", dirigida a su amigo Camilo Antonio Echeverry, en la que se pregunta si será del caso escribir sobre amores. Dice que: "...tentaciones me da de hacerlo para atormentar a los lectores de *El Pueblo* con flores marchitas, paseos sentimentales a los rayos de la luna, sonetos soporíferos y demás poesías. Un periodista enamorado amigo de llenar columnas con sus amores y mal poeta como casi todos los enamorados y como casi todos los periodistas es como un contrato de tierras baldías: una especie de la calamidad pública"⁽⁶⁾.

Más allá del tono irónico y humorístico es significativo que el modelo romántico del amor, ya en nuestro medio no sólo sea objeto de emulación sino también de cuestionamiento, por lo menos la figura del enamorado y su obsesión por expresar su pasión amorosa.

Jaime García Mafla sitúa el período romántico en Colombia entre los años treinta y setentas del pasado siglo, casi coetáneo con el género costumbrista. El género romántico según este autor estuvo en manos de hombres que por lo demás les tocó fijar el pensamiento y la acción social del país, así como trazar el rumbo de la naciente vida literaria. De cualquier forma señala que el período romántico es de difícil descripción y definición no sólo en Colombia sino en toda América Hispana. Gregorio Gutiérrez González (1826-1872) y Emiro Kastos (1825-1894) son catalogados por García Mafla como escritores románticos antioqueños, ya sea por sus temas o por su estilo; sin embargo reconoce que ya expresan en algunas de sus obras una cierta ironía frente a la sentimental va-

guedad del romanticismo. A Epifanio Mejía (1838-1913) por el contrario lo declara figura romántica en exceso⁽⁷⁾.

Más allá del poema de amor, que expresa una exaltación o una queja, es importante anotar que a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX arraiga en nuestro medio una narrativa amorosa: la relación amor-escritura entretejiéndose como un relato. Ello puede verse en periódicos y revistas de la época, que a la usanza europea publicaban por entregas no pocas historias nacidas de la imaginación antioqueña, y que giran alrededor del tema amoroso precisamente.

"...¡oh, el amor! Cómo a tu influjo se siente feliz el alma, aliviándosele, por decirle así, el peso de la cubierta de miserable barro en que va encerrada. El amor todo lo agita, todo lo intenta, todo lo puede. El amor es la dicha... Dos almas comprendidas, la una para la otra, siempre ayudándose, confundidas siempre, he ahí el consorcio más sublime, lo vario uno, ideal... (...). Mi amor era un amor verdadero, era un idilio (...). Hacer el amor como yo lo he hecho, es hallar su verdad práctica, o sea una brutalidad, es tocar el canto del ridículo al zafar el desenlace por lo trágico"⁽⁸⁾.

Según Rafael Argullol la pasión es para el romanticismo una forma de responder a la nada (conciencia de la decadencia propia de la modernidad). Así la dialéctica romántica pone en acción dos polos opuestos que se nutren y cercenan entre sí: "vida-muerte, belleza-muerte, amor-muerte, placer-dolor, creación-destrucción,

7. Cf. GARCÍA MAFLA, Jaime. "El romanticismo". En: *Gran Enciclopedia de Colombia. Temática Literatura*. Tomo IV. Círculo de Lectores. Bogotá, 1992. pp. 71 y ss.

6. KASTOS, Emiro. *Carta tercera*. En: *Artículos Escogidos*. Banco Popular. Bogotá, 1972. p. 252.

8. VASQUEZ, Juan de Dios. "Neurosis" (1899). En: *El Montañés*. Tipografía Central. Medellín. pp. 333-334.

posesión-desposesión⁹). Seguramente bajo la influencia de esta lógica llegan a ser tema de nuestros novelistas y cuentistas—independientemente de su valor literario—: la amada muerta como en **Un ramo de pensamientos** (1878) de Eduardo Villa, los amores imposibles como en **Los humildes** (1910) de Alfonso Castro, la obsesión y la locura como en **Kundry** (1905) de Gabriel Latorre, y el dolor por la ausencia y la muerte por amor como en **Salve Regina** (1903) de Tomás Carrasquilla. Entre tanto, en muchas más obras se alude al encuentro amoroso bajo un estereotipo, bajo un esquema estratégico en función de un fin: el matrimonio. Este representado como deseo, como realización, con fracaso, como imposible, pero en todo caso aparece siempre como el ideal último del amor.

Dicho encuentro es una puesta en escena en la que tanto el hombre como la mujer tienen roles claramente establecidos, y definen también una imagen de masculinidad y de feminidad que se suma a otros discursos. Inicialmente en tono suplicante, temeroso y rendido aparece él; amor y deseo se incrementan en la primera etapa por una negativa de la mujer; dicha negativa es una incitación a un juego donde se reclama la rendición femenina. Ella, esquivada, a veces coqueta, desconfiada por el temor de ser engañada es más o menos detentadora de un poder del que no es inocente por completo, el cual sabiamente utilizado podrá concederle la victoria de un marido. Ese poder que por lo menos en la fantasía masculina busca ser neutralizado en el matrimonio.

“La historia de sus amores fue sencilla y trivial como la de toda antioqueña. Ra-

miro Blanco, un mozo digno y de haberes, puso sitio desde la esquina, con sus miradas, a aquella dorada torre de marfil, donde alentaba un corazón lleno de sol, que no resistió por mucho tiempo el asedio del mancebo, entrando a capitular con el de los primeros ataques. De esa capitulación, redactada con tiernos suspiros, tímidas sonrisas, guiños de ojos, surgió al poco tiempo un proyecto de boda”¹⁰).

La literatura antioqueña intenta resolver la contradicción, entre la convención (el matrimonio) y la subversión (la pasión) a la cual se abre cuando trata de estos temas. Se refiere entonces, a un amor espiritual, puro y eterno en detrimento, casi siempre, de los impulsos y las expresiones que le dan un lugar al cuerpo; éste se asocia a veces a lo nefasto y a lo fatal, a veces a lo ocasional e intrascendente.

“[por la conciencia de Pedro] cruzaban cosas tristes. Pensaba en su situación con respecto a Margarita: un movimiento de simpatía y reflexiva alegría habíalos impulsado el uno al otro, y allí a la sombra de la amistad y la costumbre, había germinado el amor. Amor grande poderoso en ella para quien llegaba entonces la opulenta pubertad llenando de ensueños el misterio de su alma y cuajando de redondeces su cuerpo incomparable [...] y él también habría acabado por amarla. Pero un sentimiento más vivo, una pasión dolorosa casi, consumía las energías de su alma [...] un lazo oscuro, una atracción cruel y acre de animalidad, algo como el dominio malsano hipnotizador sobre la histérica, tenía sujeta su voluntad, a los pies de una criatura cruel e indigna”¹¹).

10. CASTRO, Alfonso. “Hija espiritual” (1905). En: *Lectura Amana*. Medellín, 1905.

11. GOMEZ, Efe. “Dúo”. En: *El Repertorio* (1897). p. 377.

Indudablemente este discurso se inscribe en la secular concepción dualista que promovió el cristianismo desde sus inicios: cuerpo-alma, carne-espíritu. El cuerpo del lado de lo corruptible, de lo efímero, de lo mortal; habitáculo del peligro, de las tentaciones, de sus partes inferiores surgen las pulsiones incontroladas que incitan al pecado. El alma del lado de lo eterno, lo inmortal, lo verdadero, asiento del auténtico amor¹²). Se sabe que la tendencia platónica que recoge el cristianismo está en el origen de tal escisión. Aunque, es importante anotar que si bien bajo formas distintas el amor cortés y el amor romántico le dan un lugar tanto a la belleza corporal como a la consumación sexual del amor. En el primero, se accede a la consumación sexual luego que el hombre supere una serie de pasos, que pueden contemplar incluso el compartir el lecho con la mujer sin acceder al coito, como prueba de la templanza masculina. En el segundo caso, la sexualidad se convierte en una metáfora de la muerte, obedeciendo a esa lógica que señalábamos anteriormente propia del romanticismo.

Tomás Carrasquilla nos dice de los amores que se conocen públicamente, aquellos legitimados por la sociedad y “amores de los otros” esos que sólo se insinúan y apenas sí se cuestionan; en todo caso se los desvaloriza, pero se los tolera más o menos como algo natural y pasajero en el desarrollo de los hombres. “En cuanto al amor de otro modo, no le faltaban por esos trigos algunos picos pardos en qué enredarse; pero en lo que Martín contaba sobre esos asuntos, que no era poco, había, valga la verdad más alharacas que pecados”¹³).

12. Cf. DUBY, Georges. “La emergencia del individuo”. En: *Historia de la vida privada*. Op. cit. pp. 515-516.

13. CARRASQUILLA, Tomás. “Frutos de mi tierra” (1896). En: *Obras Completas*. Bedout. Medellín. p. 30.

Sobra decir que este tipo de eventos: amores fugaces, amores de los otros, amores pecaminosos, son impensables con relación a la mujer, salvo claro está al hablar de prostitución. Seguramente no tanto porque no se dieran estos casos, sino porque el atrevimiento de nombrarlos—escribirlos—sería demasiado. No deja de llamar la atención que en algunos de los procesos judiciales por adulterio o concubinato el fiscal acuse a la mujer de **prostitución**¹⁴). Lo más osado en este terreno se refiere, y eso que en contadas excepciones, a las concesiones sexuales por parte de la mujer antes del matrimonio. Eso sí nunca por placer o frivolidad sino por amor. De éstos, sólo encontramos dos casos: **Un ramo de pensamientos** (1878) de Eduardo Villa y **Oropel** (1893) de Camilo Botero Guerra. En ambas obras se presentan dos mujeres que han “caído”, esperan en vano por un matrimonio que las libere de la vergüenza; mas en esa espera enferman y mueren. En la obra **Los Entreactos de Lucía** (1878), también de Botero Guerra, una mujer se ve obligada por sus circunstancias económicas y familiares a entregarse a un hombre que no ama, queda embarazada y “ya no quiso sino morir porque conoció que iba a ser madre sin ser esposa”¹⁵). En estas obras se puede leer de modo claro, una advertencia de tono moral sobre los grandes riesgos que trae consigo dicho comportamiento para la mujer. Por la senda del amor terrenal la mujer es conducida, en la literatura, al matrimonio; cuando esto no se da, la única experiencia amorosa, alterna, legitimada por la literatura es la senda que podríamos llamar mística y que la lleva a Dios: la monja, esposa de Cristo.

14. Véase algunos de los *Juicios criminales* por adulterio o concubinato que se hallan en el Archivo Histórico Judicial de Medellín, entre 1850 y 1910. Cf. *Infra*. p. 45.

15. BOTERO GUERRA, Camilo. *Los Entreactos de Lucía*.

9. Cf. ARGULLOL, Rafael. *El héroe y el único*. Destino. Barcelona, 1990. pp. 18 y ss.

En la literatura antioqueña también se le da un lugar al primer amor; tema que resuena a su vez, en la literatura europea. Por ejemplo, en la novela **Primer amor** de Turgueniev de 1860, los hombres deploran no haber tenido tal experiencia, y el único que la tuvo relata todo el encanto de este hechizo. Nuestros prosistas, de igual forma, se refieren a él con nostálgica añoranza; se hace evocación exaltada de una época de la vida: la juventud, tiempo privilegiado para el amor, tiempo de la inocencia, de la belleza, tiempo apto, se diría, para edificar, para explorar, para sembrar, para producir, para colonizar... Emiro Kastos, Camilo Botero Guerra, José Montoya, entre otros, se refieren al tema del primer amor.

"... ¡Nació en mi corazón por primera y única vez, esa pasión tímida de los quince años, tan llena de encantos que tiempo después queremos ver despertar y no despierta, porque ha muerto con la edad que la engendró! Lo que los poetas han llamado primer amor, lo que los espiritualistas llaman amor verdadero, y será siempre indefinible, pero profundamente humano. Quizá lo que engendró en las fantasías antiguas la idea del paraíso. Por eso es bello el despertar de Adán, porque es como una síntesis simbólica de ese fondo común del corazón del hombre" (16).

Dicho sea de paso y dentro de esta lógica del Occidente moderno, que exalta la juventud, también la figura del niño es destacada por los escritores antioqueños. Así, en **Blanca, Entrañas de niño** y en **Simón el mago** (T. Carrasquilla); en **Cataclismos microscópicos** (C. Botero Guerra); en **Nochebuena** (Max Thein, seud.), se pone en pri-

mer plano la figura del infante. La infancia tiene un lugar dentro del discurso literario, más aún dentro del discurso amoroso; los niños, casi siempre las niñas, sirven cual cupidos, de mediadores entre enamorados, por la inocente boca de éstos se puede decir la verdad del amor que a veces los mismos interesados no se atreven a enunciar. Notemos además que la infancia asociada a la pureza y a la inocencia sólo podrá ser emisaria de un amor puro; el niño, considerado un ser asexual, será un mensajero del amor profano, tal como los ángeles son mensajeros del amor de Dios (17).

Entre otras cosas, podemos decir que el discurso sobre el amor en función del matrimonio, es un medio que encuentra la sociedad decimonónica antioqueña para darle un lugar a la mujer y asimismo, para instarla consciente o inconscientemente, en la participación del proyecto modernizante. "Para el antioqueño de pura cepa, el amor no es una diversión ni un tema de arte. El amor para él es una cosa augusta, severa y casi triste; es el trabajo, son los hijos, la vida entera con sus alegrías y sus dolores: es la familia, en fin: el arma con que coloniza, con que puebla, con que invade, como planta fundidora, el territorio entero de la república" (18).

Entre algunas producciones que designamos como excepcionales en el relato amoroso —tratado como experiencia íntima del yo e imperio del deseo propio—, encontramos algunos personajes que se salen de los parámetros convencionales de la época. Lo cual no resulta menos dicente para el historiador de las mentalidades, pues aquellos casos relativamente aislados

17. Cf. CARRASQUILLA, Tomás. *Blanca*. Op. cit. p. 534 y ss. THEIN, Marx. *Nochebuena*.

18. GOMEZ, Efe. *Un Zaratustra maicero*. Alpha, 1908. p. 414.

16. MONTOYA, José. "La jeringuilla de Pravaz" (1897). En: *El Montañés*. Tipografía del Comercio, Medellín, 1897. p. 76.

—al seguir la pista del imaginario amoroso en la literatura— seguramente tienen importante incidencia en las transformaciones reales de las relaciones amorosas. De este modo, en la obra de Tomás Carrasquilla **Frutos de mi Tierra**, el autor nos pinta a una mujer, Filomena, entrada ya en años (pues la juventud se ha ido en función de la mezquina tarea de acumular fortuna) que despierta a los anhelos del amor y del matrimonio. No tendría ya hijos, sabía no sin tristeza que era tarde para ello; no obstante, no le importaba faltar a este precepto santificador del matrimonio. O mejor sí le importaba, pero mucho más, tener el amor de un hombre, aun si tuviera que comprarlo con su dinero, acumulado con el trabajo de toda su vida. Estaba dispuesta, así como lo estaba a traspasar las barreras de la edad: veinte años mayor que su amado, y más aún, era capaz de hacer, buscar y pagar donde fuera, las dispensas que imponía la Iglesia para la unión de tía y sobrino. Incluso qué importaba la muerte con tal de saberse mujer por la gracia de un hombre.

Entre el desprecio y la compasión, entre una descarnada ironía y el asombro que nos suscita la vulgaridad de esta mujer madura, que se hace menos corriente por su tenaz empeño de acceder al amor, Tomás Carrasquilla nos recrea una historia que se separa visiblemente del modelo estereotipado del que hablábamos antes. En la novela se pone al amor y la pasión como fuerza subversiva capaz de desafiar el peso de la opinión pública, de gran importancia en nuestro medio.

Ligia Cruz, del mismo autor, por qué no a lo **Madame Bovary**, enajenada en sus fantasías amorosas, marginada por el atrevimiento de sus sueños de amor; ¿loca o apasionada?; por no hablar de **La Marquesa de Yolombó** —ubicada en un período

anterior al que nos ocupa—, son indudables muestras de otra forma de representar el amor de un modo menos convencional. Aunque nunca deponiendo la aspiración matrimonial como forma de resolución del amor, allí se ponen en juego otros elementos distintos a los del interés, las convenciones sociales y la aprobación pública, valorando la elección personal y destacando el sentimiento; lo cual nos exige plantear el problema de una subjetividad nueva y diferente: ¿cómo se empezaba a insinuar o a asumir en nuestro ámbito la idea o el sentimiento de individualidad, de intimidad, que como decíamos presupone la moderna vivencia del amor?

Según la autora Flor María Rodríguez-Arenas, los conflictos económicos y políticos del siglo XIX generan en Colombia nuevas formas sociales y de pensamiento, que inciden efectivamente en un nuevo concepto del "yo", "una nueva percepción de la subjetividad que se encuentra en la producción literaria del siglo. A nivel del lenguaje, este proceso trajo consigo el uso de nuevas formas internamente imbricadas para representar tanto la individualidad como las diferencias de género (masculino frente a femenino), en el discurso liberal, en la ficción y en las tendencias escriturales (romántica, realista, naturalista)" (19).

Es indudable que algunos escritores introducen el planteamiento de un cambio entre una generación y otra, en el sentimiento amoroso durante el siglo XIX. Así, encontramos, a mediados de siglo, madres asombradas por la intensidad de los sentimientos de sus hijas, al punto de que por

19. RODRIGUEZ ARENAS, Flor. "Mujer, tradición y novela en el siglo XIX en Colombia". En: *¿Y las Mujeres? Ensayos sobre literatura colombiana*. Otraparte. Medellín, 1991. p. 77.

un amor frustrado se puede reaccionar con la enfermedad y la muerte ⁽²⁰⁾. Vale la pena señalar que también es el caso de algunos galanes que aparecen en la literatura antioqueña de fines del siglo XIX ⁽²¹⁾.

En lo que toca a los espacios del amor, otro tópico de gran importancia, se puede decir que comienza de puertas para afuera —las ventanas, las calles, las esquinas, los parques, las iglesias, los teatros son lugares urbanos para el amor— y que luego, porque en el fondo es una lógica que podríamos llamar de afuera hacia adentro, se continúa en la casa. Sí, desde afuera se inician los romances bajo la autorización pública que sería casi la primera y después viene por supuesto, la autorización familiar: momento en el cual se permite la entrada del novio a la casa de la pretendida, más exactamente a la sala de la casa donde sobra decir la pareja interesada está rodeada de padres, tíos, hermanos y amigos. En la obra *Reciprocidad* (1909) de Lucrecio Vélez se alude directamente al tema. Dos solteronas, prototipo del chisme y el rumor ofrecen su casa, “donde también hay ventana”, a la hija de una amiga para señalar que conocen los amores de aquella; interrogando al mismo tiempo si ya el mencionado novio tiene entrada a la casa, por lo cual no dejan de felicitarla ⁽²²⁾. Sociedad vigilante, familia vigilante; las horas de la luz, luz del día y de las lámparas, son los momentos propicios para las visitas de amor. Indudablemente esta vigilancia busca conjurar el peligro que ronda a los enamorados: la emergencia de la sexualidad. Podemos decir con Michel Fou-

cault que de mucho tiempo atrás la sexualidad se ha sentado en la sala del hogar: **muda-parlanchina**, invisible y presente, los padres saben o deben saber que ella puede aparecer siempre; ellos deben estar atentos, mejor, prevenir es una tarea que se les encomendó tiempo ha.

Paulo E. Gutiérrez en la obra *Los claveles de Beatriz* deplora las largas visitas de los novios, donde los padres se ven obligados a sacrificar, a costa de su salud, las horas de sueño y de reposo ⁽²³⁾. La sociabilidad amorosa requiere de eventos colectivos como la organización de tertulias, de bazares, de bailes (estos últimos son tema frecuente de la literatura). Encontramos varias crónicas sobre bailes famosos en la Medellín de aquella época, reconocidos como pretextos de encuentros propiciatorios, de declaraciones amorosas, de peticiones matrimoniales ⁽²⁴⁾.

“Hablóse circunstancialmente del asunto palpitante, a saber toditos los matrimonios que se habían arreglado en las fiestas; pues en Medellín, ya se sabe, unas fiestas, un baile, o cualquier bureo en que mozas y mozos se puedan apalabrar, es otra tanta pepitoria de casorios, fuera de los muchos que la gente arregla en tales ocasiones, sin dar traslado a las partes” ⁽²⁵⁾.

23. “Pesada es la costumbre y triste la lenidad con que los padres soportan que se les robe a costa de salud, gran parte de las preciosas horas destinadas al reposo y al sueño, mientras los enamorados de cierta hora en adelante son babiecas hipnotizados, no ya por el amor sino por la violación del sistema nervioso contrariado en los actos de primera necesidad”. GUTIÉRREZ, Paulo E., *Los claveles de Beatriz*. p. 139. Vale la pena resaltar que la crítica no recae sobre la vigilancia de los novios, sino sobre las prolongadas visitas de éstos.

24. El tema de los bailes da lugar a escritos de Emiro Kastos, Ricardo Restrepo, Camilo Botero Guerra, Tomás Carrasquilla, entre otros.

25. CARRASQUILLA, Tomás. *Frutos de mi tierra*. Op. cit. p. 79.

20. Este caso se ve en obras como *Oropel*, *Salve Regina*, y *Un ramo de pensamientos*.

21. Martín Gala, en: *Frutos de mi tierra* se enferma y casi muere por el desprecio de su amada Pepa Escandón.

22. VELEZ, Lucrecio (Seud. Gaspar Chaverra), “Reciprocidad” (1909). En: *Alpha*, No. 42.

No es extraño que en este juego público del amor, la literatura antioqueña haga de la vista el sentido privilegiado; por eso, las miradas sirven para expresar la pasión y el amor, las miradas que pueden ser miradas por terceros. Signos que anuncian, o denuncian. Ambigua clave que compromete sin tocar, sin mancillar. Las miradas constituyen todo un lenguaje de los enamorados. Recordemos que los ojos y los oídos son considerados desde los griegos los sentidos nobles ⁽²⁶⁾.

Las aproximaciones amorosas, las declaraciones de amor, las promesas de matrimonio, en últimas, los rituales de seducción y galanteo, adquieren en la sociedad antioqueña un tono que va mucho más allá de lo personal y de lo íntimo; éstos, que son hoy caros valores en el ámbito amoroso, no eran en ese momento tan definitivos. Ello prueba el carácter histórico al que está también sujeta la vida afectiva.

La historiadora Catalina Reyes aborda la relación entre lo privado y lo público en las principales ciudades republicanas entre 1850 y 1930. En el caso de Medellín nos advierte que entre uno y otro ámbito no se daba una marcada diferencia, que los límites son más o menos difusos. La noción de privacidad sólo en el siglo XX cobrará su mayor énfasis en función del desarrollo capitalista y del ideario burgués ⁽²⁷⁾.

En Antioquia los encuentros amorosos caían en el dominio de lo público. Lo que

26. “Para el galán en la esquina de Pepa (...) clava en ella los ojos. ¡Jesús qué miradas! Aquí el quedarse fijos, aquí el bizcar por no interrumpir el magnetismo de esos cuatro ojos”. Ibid. p. 34.

27. REYES, Ana Catalina y GONZALEZ, Lina Marcela. “La vida doméstica en las ciudades republicanas. En: CASTRO CARVAJAL, Beatriz (comp.). *Historia de la vida cotidiana en Colombia*. Norma. Bogotá, 1996. pp. 241 y ss.

queremos resaltar es la notable injerencia, como lo denuncia la literatura en este tipo de asuntos, de círculos mucho más amplios que los directamente implicados y que van desde la familia y los amigos, hasta los vecinos e incluso los desconocidos. El chisme, el rumor, los comentarios, así como los intermediarios juegan un papel decisivo en la sociabilidad amorosa, en la configuración de parejas, en la facilitación de encuentros y seguramente en la obstaculización y ruptura de relaciones ya establecidas. La literatura nos presenta una sociedad que se atribuye funciones de casamentera que denota la importancia de la aprobación pública, de lo que hoy reconocemos como propio de la vida privada. En *Un ramo de pensamientos* (Eduardo Villa, 1878) el amor entre Jorge y Evangelina, es obstaculizado por los rumores y malas interpretaciones que llegan a oídos de ella sobre los encuentros en las fiestas de Jorge con su prima Leonor.

“Agregad a este deseo, conocido del público la intimidad de nuestras relaciones, la alegría de las fiestas y las circunstancias de verse en todas partes de brazo con Leonor, y no extrañaréis entonces los rumores de murmuración que empezaron a escucharse. Estos iban creciendo como la calumnia de ‘El Barbero’, y pasadas las fiestas se hablaba de nuestro enlace con tanta seguridad que ninguno se habría atrevido a desmentirlo” ⁽²⁸⁾.

La incipiente vida citadina exige nuevos signos para el despliegue del arte amoroso; son reconocidos públicamente los gestos que en función de los espacios y los tiempos apuntan al juego de estrategias de seducción. La ciudad de fin de siglo es sig-

28. VILLA, Eduardo. “Un ramo de pensamientos”. En: *Antioquia Literaria*. Imprenta del Estado. Medellín, 1876. Tomo I. p. 193.

nificada también por el lenguaje amoroso. La ciudad invita al artificio, incluso en el terreno del amor. Esta es una queja que podemos leer en muchos autores cuando valoran la pureza y la espontaneidad de los sentimientos en las gentes del campo: enaltecimiento de la virtud innata hija de la misma geografía indómita, montañosa y selvática, donde supuestamente los encuentros amorosos son más directos y sinceros. Cambio y tradición conciliándose en vocación nostálgica. La ciudad ahoga todo vigor moral para quienes se alejan del campo primitivo; la ciudad corrompe al campesino bueno y deslumbra a la mujer; en ella se feminiza la vida ante la exigencia de ciertos refinamientos: espacio para el consumo de sutilezas en donde ciertos hombres, de ciertos sectores sociales, se expresan como dandys o filipichines; espacio también en donde algunas mujeres vuelven estas sutilezas un motor fundamental en sus vidas.

La correspondencia amorosa también revela algunos gestos y actitudes que nos invitan a preguntarnos no sólo qué tipo de sentimientos se profesaban los novios y los esposos del siglo XIX, sino también la incidencia de los discursos, como el literario, en la realidad de los hombres y las mujeres de esta época. Evidentemente lo que nos dicen del amor no puede generalizarse ya que se trata de un grupo social determinado con acceso a la lectura y a la escritura, con mayor nivel de educación que el corriente. Sin embargo no dejan de ser un importante avance en la pregunta que nos hacíamos antes: ¿qué tipo de sentimientos se daban en la relación de pareja del siglo XIX?

Sin pretender dar respuestas conclusivas, para lo cual se requieren otros trabajos, podríamos destacar algunas observaciones que modifican la tradicional signi-

ficación que en materia amorosa se le ha dado al discurso eclesiástico particularmente. En ningún momento se trata de negar, a partir de dicha correspondencia, que no exista una relación de subordinación entre esposos; ésta, aparece expresamente manifiesta por ejemplo en palabras que encontramos en una lista de propósitos de Enriqueta Vásquez de Ospina:

«No intimar sino con Ospina: tratarlo siempre con respeto y confianza, procurando complacerlo no sólo en lo que exija sino también en todo aquello que conozca que le pueda agradar. [...]. Ser dócil a los consejos que me dé Ospina dejándome guiar en todo por él a no ser que sea notoriamente contrario al evangelio»⁽²⁹⁾.

Georges Duby al referirse al amor entre esposos en la Edad Media, habla de la *dilectio* como el sentimiento que profesa el hombre a la mujer, y de reverencia de ella hacia él⁽³⁰⁾. Indudablemente y dentro de la lógica de la larga duración y por efecto de la ideología católica, podemos leer en estas citas un tipo de relación jerárquica dentro de la pareja. No obstante en el material epistolar también encontramos a la esposa como confidente, partícipe de decisiones, o simplemente interlocutora de asuntos cotidianos. Uno y otra manifiestan muchas veces la tristeza y el dolor por la separación a la que se ven sometidos, así como el deseo por la presencia del ser amado: deseo que evoca abrazos y caricias como lo expresaba ya hace casi cincuenta años Mariano Ospina Rodríguez a su señora:

29. Archivo Mariano Ospina Rodríguez / c/19.f.57. (Sin fecha). Entre 1860-1880. FAES.

30. Cf. DUBY, Georges. "Del amor y del matrimonio. El matrimonio en la sociedad de la Alta Edad Media. En: *El amor en la Edad Media y otros ensayos*. Op. cit. pp. 13 y ss.

"...es terrible el vacío que siento e indecible la vehemencia del deseo de verla y sentirla realmente a mi lado [...] dentro de cuatro días voy a verla y abrazarla a usted; y desde ahora me anticipo a saborear el placer que he de tener..."⁽³¹⁾.

De la misma forma casi medio siglo después, Clodomiro Ramírez a su esposa: "...La ausencia tuya va siendo para mí todos los días más dolorosa y triste. ¡Si tú supieras el deseo que tengo de estar a tu lado!...". Esta carta termina así: "...Te envío un millón de abrazos y de... tengo hambre de verte. ¡Adiós mujercita querida! Cuídate, abrázame mis hijitos y salúdame los de mi casa.

Vine cansado y tengo mucho que hacer hoy. Tu esposo que te idolatra"⁽³²⁾.

Es probable que en su mayoría, las uniones entre esposos se cifrasen fundamentalmente en distintos tipos de solidaridades fortalecidas por la obligatoriedad del vínculo y por la costumbre, pero la expresividad del siguiente párrafo (del mismo Clodomiro Ramírez a su esposa Rosita) creemos va mucho más allá de lo cordial o de lo formal que implica el deber del compromiso.

"[...] Si fuera a decirte toda la falta que tú me haces mi carta sería un lamento inacabable y eso te atormentaría. Figúrate qué tristes y qué negras serán las noches para mí en aquel hogar vacío, sin el calor de tus caricias que me conforten! En cada ruido me parece oír tu voz y en las horas de insomnio creo sentir que te acercas a mi lecho y me dices paso, muy paso palabras de cariño que solo tú sabes decir.

31. AMOR. / c/ 19, f. 22. Medellín, 3 de agosto de 1855.

32. Archivo Clodomiro Ramírez Botero. / c/1.f.17. Julio 8 de 1901. Más adelante citado como A. C. R. B.

Si supieras cuán extraña impresión se siente cuando se entra a aquella casita solitaria. Los más insignificantes objetos hablan el elocuente lenguaje de las cosas mudas que agolpan en la memoria dulces recuerdos y en las alcobas desiertas se oye resonar todavía el sonido de tus pasos! ¡Tengo locura de volverte a ver!⁽³³⁾.

Veamos también una mujer que expresa su sentimiento, a nuestra manera de ver en forma vehemente y apasionada:

"...No puedo decirle lo que no siento: En estos días no he estado contenta ni de usted ni de mí; de usted, porque he llegado casi a persuadirme que no me quiere ni la centava parte de lo que yo lo quiero, de mí porque me he dejado arrastrar de la pasión del amor hasta tal punto que me he hecho desgraciada, y me parece que he llegado a molestar con ese amor hasta la misma persona que es objeto de él; yo no lo he amado a usted lo he idolatrado, ésta ha sido la primera vez que he amado en mi vida..., ...yo sacrificaría gustosa mi vida por contribuir a su felicidad..."⁽³⁴⁾.

Es innegable que para hablar del amor el discurso literario se circunscribe siempre al proyecto matrimonial; se acoge a él y allí legitima el ejercicio de la sexualidad. No se encuentra ni se insinúa en nuestra narrativa amorosa una expresión alterna a la fórmula amor-matrimonio. Por ejemplo, el problema del adulterio, recurrente en la literatura europea de la misma época, no aparece en la literatura antioqueña del período en cuestión. Si bien una inquietud de ésta fue hallar dentro de nuestra propia realidad material novelable, cierra los ojos a las prácticas reales del adulterio; aun-

33. Ibid. A. C. R. B./C/1 fol. 8. Junio 10 de 1901.

34. A.M.O.R. /c/10. f. 8, 1857.

que las acusaciones por adulterio y concubinato halladas en los archivos judiciales revelen otra cara del asunto. Hombres y mujeres tan corrientes como un labrador, un abogado o un negociante; mujeres acusadoras y acusadas por sus amores clandestinos; sindicados y absueltos, son una muestra de este tipo de situaciones en la Medellín del siglo XIX y sus alrededores y de cuya existencia nos enteramos hoy por sus prácticas ilícitas; individuos anónimos incluso olvidados por la creación literaria, reconocibles sólo porque sus nombres son registrados en procesos criminales ⁽³⁵⁾.

En ninguna de las obras de la muestra escogida encontramos anotación alguna a la posibilidad de una ruptura del vínculo conyugal; el precepto "hasta que la muerte los separe" es incuestionado completamente. Aun cuando el tema del fracaso matrimonial está presente en algunas obras literarias, no se considera siquiera eventualmente la disolución de la pareja como una alternativa. **Cataclismos microscópicos** y **La caída de un alma** de Camilo Bote-ro Guerra, así como **Blanca** de Tomás Ca-

rrasquilla relatan casos de fuertes desavenencias matrimoniales resueltas en el conformismo y la resignación.

Pero por otro lado la imagen del amor que la literatura decimonónica antioqueña nos presenta responde a los ideales o ensoñaciones que esta sociedad empieza a tejer en relación a la novedosa experiencia de este sentimiento que como bien se sabe se explica en una historia de larga duración. El amor pasión, ya se ha dicho, anida en el corazón del hombre moderno y es seguramente como experiencia vital generalizada un asunto en nuestra sociedad de mediados de siglo XX; aunque de manera incipiente desde un siglo atrás, mediados del siglo XIX, se perfilan las condiciones que le abren el camino. A saber: decidida apertura al desarrollo urbano, modelación de la subjetividad en función de una diferenciación particular, un cierto grado de autonomía y libertad de la mujer así como el desenvolvimiento de la expresión literaria que busca nombrar y dar forma a la experiencia de interioridad que constituye el amor para los hombres y las mujeres de estos tiempos.

35. Juicio por adulterio contra Genaro Osorno (negociante), 1886-1887; Juicio por adulterio contra Jesús María Escobar, 1883; Juicio por concubinato y abandono de hogar de la esposa contra Angela María Quiroz, 1838-1839; Juicio por adulterio contra Mariana López (absuelta), 1901-1902; Juicio a una mujer por tener relaciones con un hombre casado contra Eduarda Velásquez, 1815-1816; entre otros, son procesos que reposan en el Archivo Histórico Judicial de Medellín. Universidad Nacional.